



Revista de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XV

San Salvador, C. A., Octubre de 1960.

Número
153

ORIENTACION

A una en todo

En una editorial de nuestro colega venezolano del mes de Marzo, titulado "El dedo en la llaga" a propósito de unas palabras enjuiciadoras de la actual situación del país por el Presidente Betancourt, nos ha llamado la atención el resumen final que dice así:

"Las frases aleccionadoras del discurso presidencial señalan con acierto la raíz misma de nuestra ineficacia administrativa. El Presidente lo ve claro. Falta con frecuencia, la lógica energía en las consecuencias ejecutivas. ¿Hemos olvidado la dura lección del 48?

Hay un egresivo contraste entre el resurgimiento económico y social de la Alemania Occidental y el estancamiento económico y social de Venezuela.

El pueblo alemán, humillado, vencido, empobrecido, torturado al parecer en pena de las locuras de Hitler, surge en dos décadas hasta alcanzar el ápice de la prosperidad económica de Europa.

Venezuela, proporcionalmente el país más rico del mundo, sufre una paradójica crisis económica: desempleo, analfabetismo, hambre.

¿La causa? Alemania, de suyo laboriosa, aprendió en el dolor y en la pobreza a vencer con un espíritu ejemplar de trabajo, dificultades colosales.

Venezuela está perdiendo en la prosperidad la reserva de sus virtudes.

Para cualquier hombre reflexivo Alemania y Venezuela son hoy dos lecciones ejemplares de la historia".

Conviene que seamos de esos hombres reflexivos y aprendamos de esas dos lecciones ejemplares de la historia y de otras que podríamos citar, v. g. la del Estado de Israel convertido en la admiración y escuela de los pueblos afroasiáticos.

La ocasión de la lección la da el contraste entre pueblos un día destrozados, reducidos a la miseria y aun inexistentes y ahora florecientes frente a otros riquísimos, al menos potencialmente, que son pobrísimos.

La lección está en la causa de estos sorprendentes fenómenos que examinados sinceramente se nos presenta en la unión de las fuerzas existentes, en el aprovechamiento de todos los valores y en su mutua colaboración, por una parte, y en la supervaloración de algunos elementos con el olvido y menosprecio de otros, por la otra parte.

Crece la riqueza y disminuye el ahorro; se cobra más, se trabaja menos; se habla de derechos y no de deberes; aumenta la minería o la industria y se descuida la agricultura; aumentan las posibilidades, pero se estaciona la cultura necesaria para su aprovechamiento; se necesitan virtudes y proliferan los vicios.

Si nuestra vista se eleva por encima del panorama particular de un solo aspecto de la vida al complejo nacional y mundial bajo sus diferentes aspectos económicos, culturales y religiosos, tanto más se acusa el desequilibrio y la imperiosa necesidad de un más inteligente acoplamiento y colaboración.

Esto es verdad de manera especial en los pueblos nuevos que nacen a la vida internacional o entran en determinadas etapas de su desarrollo bajo técnicas antes desconocidas, y lo que es más grave, en un clima de dinamismo impaciente y arrollador que no sufre tardanzas ni repara en medios hasta conseguir su objetivo.

El estado de estos pueblos se ha denominado "crisis de crecimiento" tomada la comparación de la que sufre el joven en los primeros años de su juventud. Pero este mismo fenómeno sabiamente regulado por el Creador nos puede servir de pauta aleccionadora para resolver la social de los pueblos. Alma y cuerpo del adolescente sienten una sacudida progresiva, es verdad, pero que se resuelve en una madurez equilibrada. Todos los miembros de su cuerpo han crecido correspondientemente, no más unos que otros, dentro de la proporcionalidad prefijada, y el alma ha tomado conciencia de su yo y cada día se siente más dueña de sí misma para elegir y regir sus propios destinos.

De una manera parecida debería ser resuelto el problema social de los pueblos, orgánicamente, que es lo mismo que decir armoniosamente.

"El Estado, como dice muy acertadamente S. S. Pío XII (Nav. 1944) no contiene en sí mismo y no reúne mecánicamente, en un determinado territorio, una aglomeración amorfa de individuos. En realidad es, y debe ser, la unidad orgánica y organizadora de un verdadero pueblo".

Cuán necesaria sea la contemplación del conjunto atenta al bien común, que es el fin de todo buen gobernante, aparece muy claramente en los esfuerzos que se hacen para resolver la cuestión social implicada en las relaciones entre

el capital y el trabajo. Cuando el mundo trabajador estaba confiado únicamente al capital a mediados del siglo pasado y este mismo mundo esperaba su redención de la Dictadura del proletariado, mientras el Estado se desprecupaba de su suerte, la certera visión del Papa León XIII y la de sus sucesores señaló la solución en la colaboración del Estado, la Iglesia y los mismos capitalistas y obreros, pauta que desde entonces han seguido cuantos en la esfera pública y privada se han venido preocupando de dar una solución justa y equitativa al magno problema de la cuestión social, sin caer en la engañosa, unilateral y opresora de la genuina libertad propugnada por el comunismo.

No se puede prescindir en los ordenamientos jurídicos de lo que es el hombre concreto; racional y libre, tendiente a desarrollar sus dotes en actividades apropiadas que reafirmen su personalidad, con anhelos de Dios, de espiritualidad e infinitud. No es animal perfeccionado que sólo necesita comer y satisfacer sus necesidades materiales, pero sí puede malograr sus dotes y obstaculizar la justa ordenación y la buena marcha de la sociedad por la ignorancia, el libertinaje y los vicios.

A este hombre concreto ha de atender el avisado gobernante si no quiere ver frustradas sus mejores intenciones. Muchas reformas sociales no producen los efectos deseados porque se planearon unilateralmente, sin atender o no atendiendo suficientemente a los hombres y circunstancias concretas en los variadísimos aspectos que hay que tener en cuenta.

Una buena reforma agraria, presupone agricultores deseosos de trabajar, con medios actuales o inmediatamente posibles para hacerlo, ante una perspectiva segura o muy posible de vender a razonables precios sus productos.

Un salario familiar es imposible establecerlo, según conviene, si no existe la familia o si está sujeta a mil vaivenes producidos por la infidelidad conyugal y el divorcio.

El seguro social puede ser ocasión de mucha holgazanería y de muchas trampas y no pequeñas desazones para el patrón.

El salario justo, aunque sea muy grande, no cumple con su finalidad natural muchísimas veces porque se gasta en vicios o superfluidades.

Podríamos multiplicando los ejemplos no para oponernos a cuantas mejoras económicas sean necesarias o convenientes sino para mostrar que deben ir unidas a otras de otros órdenes si han de tener el deseado resultado.

Es frecuente oír quejas de parte de los más afectados por las imposiciones sociales, es decir, de los ricos, sobre la inutilidad, aun el perjuicio o el poco fruto de las reformas sociales en medios nada o poco preparados para ellas por falta de cultura, inmoralidad en las costumbres, exigencias injustificables, etc. Si fueran otras las condiciones, admitirían con mayor resignación sus obligaciones y aun se adelantarían a cumplirlas espontáneamente. Se les podría preguntar qué han hecho para mejorarlas de su parte; hasta se podría sospechar si con esto no pretenden excusarse del cumplimiento de sus impostergables deberes; pero, en todo caso, su actitud comprueba la necesidad de un avance orgánico en todos los aspectos de la vida social y no dudamos de que gracias a él su actitud sería más favorable a aceptar las cargas correspondientes a la importancia de su posición en la sociedad. A todo el mundo que se sacrifica, le agrada ver al ojo el fruto de sus sacrificios.

De todo lo dicho se desprende que el factor principal para un ordenamiento justo y satisfactorio de la sociedad es el hombre, la persona humana con el ideal que se haya formado de la vida y sus cualidades morales, sea obrero o capitalista, gobernado o gobernante. Todos los planes sociales tienen que abarcar al hombre en su totalidad. El comunismo pretende hacerlo reduciendo al hombre a una mera ficha materializada del conjunto, que tampoco es otra cosa sino materia. Así lo proclama abiertamente y esta simplicación presta unidad y fuerza bruta a su acción. Lo triste y lamentable es que quienes pertenecemos al bando opuesto dejamos de aprovechar y hasta despreciamos el uso y la aplicación de la única fuerza unitaria de todo el activismo humano, que no fuera nuestra libertad, la fuerza de la religión tal como la vino a enseñar y constituir nada menos que el mismo Dios hecho hombre por nuestro amor.

La ley suprema de la religión cristiana, a la que se reducen todas las demás, es la del amor que implica entrega a la persona amada, amor a Dios y al prójimo por Dios. Este amor viene a ser el alma organizadora de la sociedad, por eso los Mandamientos de Dios tienen un carácter eminentemente social. El amor es por esencia unitivo y presupone en primer lugar la justicia que da a cada uno lo suyo; luego viene a completar la caridad.

Si la práctica del cristianismo fuera la de los cristianos, no predominarían los vicios, tendríamos una más equitativa distribución de los bienes de la tierra y quedarían suprimidas las estridencias sociales, pero hay una tendencia de considerar todos los problemas humanos, comprenderlos y resolverlos con las fuerzas y valores puramente laicos, un humanismo que se obstina en ignorar y combatir a Jesucristo, como si no existiera o hubiera venido de balde al mundo, como si el hombre no tuviera un alma inmortal y no hubiera recibido la misión de prepararse en este mundo su suerte definitiva en el otro.

"Una formación religiosa nos dice (S. S. Pío XII, 24 dic. 53) contra lo que a veces se afirma, es la más apta para defender el pensamiento contra los influjos unilaterales". Y se mostraba gravemente preocupado "por las incesantes desilusiones en que, a causa de la concepción materialista de la paz, naufragan ya desde hace años, los deseos sinceros de paz y distensión acariciados por los pueblos". De un modo particular pensaba "en aquellos que juzgan la cuestión de la paz como si fuese de naturaleza técnica y consideran la vida de los individuos y de las naciones bajo el aspecto técnico-económico. Tal concepción materialista de la vida amenaza ser la norma de conducta de algunos activos agentes y la fórmula de su política pacifista. Juzgan ellos que el secreto de la solución consiste en dar a todos los pueblos la prosperidad material mediante el aumento constante de la producción del trabajo y el tenor de vida, como hace un siglo se cautivaba la absoluta confianza de los estadistas con otra fórmula semejante: "Con el comercio libre la paz eterna". Pero ningún materialismo ha sido jamás medio idóneo para instaurar la paz, porque ésta, antes que nada, es una condición del espíritu, y sólo en segundo orden un equilibrio armónico de las fuerzas externas".